

MUCHAS CARTAS TENGO ESCRITAS

[...] Porque no he tenido lugar de escrever, que yo doi a Dios tantas cartas como cada ora y momento reçibo, sin tener otro descanso sino solamente oyr la missa y todo el día escrever y escrever cartas.

CON estas palabras se lamentaba del tiempo que dedicaba cada día a atender su abundante correspondencia el banquero Andrés Ruiz en una misiva enviada desde Nantes a su hermano Simón en octubre de 1576. Escribir cartas se había convertido en la Edad Moderna en una práctica habitual, pues eran cada vez más las personas que se veían obligadas a empuñar la pluma y a enfrentarse a su redacción. Son dos los principales motivos que explican el auge y extensión social que alcanzó la escritura epistolar en los siglos XVI y XVII: por un lado, el aumento del alfabetismo en una sociedad en la que se advertía la progresiva influencia de lo escrito; y, por otro, la mayor movilidad a la que se encontraban sometidas las gentes de aquella época. Fenómenos como las continuas guerras o la emigración hacia los territorios recién descubiertos habían interpuesto una mayor distancia entre los seres queridos. La carta, definida desde la Antigüedad como una «conversación entre ausentes», se erigió entonces en el único remedio para hacer frente a la separación y mantener el contacto con familiares y amigos.

Resulta incalculable el volumen de misivas que cruzaron en apenas tres siglos el Atlántico, trayendo y llevando noticias procedentes de una y otra orilla. Desde América, muchas de las cartas expresaban el desencanto y la sensación de fracaso ante las duras condiciones de vida. Desde la Península, por el contrario, se transmitían las novedades producidas en el seno familiar, la preocupación por el pariente ausente y con frecuencia también las quejas acerca de la precariedad económica, que se había agravado aún más con su partida.

En un mundo que había visto ampliados sus límites conocidos, la escritura epistolar pasó a ser un engranaje esencial dentro de la compleja maquinaria burocrática del Estado. Se había vuelto ya imposible gobernar prescindiendo de las cartas, fieles mensajeras que hacían llegar las órdenes de reyes y señores incluso hasta las regiones más recónditas, asegurándose así de su cumplimiento por parte de todos los súbditos y vasallos, con independencia del lugar en el que residieran, y permitiéndoles, además, estar puntualmente informados de cuanto sucediera en sus dominios.

Misivas que traspasaban fronteras y con las que viajaban noticias de otros estados, enemigos o aliados, jugando de este modo un destacado papel en las relaciones diplomáticas, por lo que no era extraño que las palabras trazadas en una carta influyeran en una decisión o cambiaran el curso de los acontecimientos. Asuntos de extrema importancia se confiaban, no sin temor, al papel, corriendo el peligro de que personas no autorizadas pudieran enterarse de su contenido. Hubo, pues, que idear sistemas de cifrado que impidieran que las cartas interceptadas fueran leídas, unos métodos que se conocían desde tiempos pretéritos y que se fueron perfeccionando a lo largo de los siglos para asegurar la absoluta confidencialidad de la correspondencia.

Si las cartas tenían el poder de salvar distancias, eran también capaces de traspasar muros. La escritura epistolar no fue extraña a los hombres y mujeres que consagraron su vida a Dios, reclusos en el interior de monasterios y conventos. A través de las cartas, monjas como Santa Teresa pudieron dialogar con los personajes más importantes de su época, reyes y reinas, así como con otros miembros de la Iglesia, incluso de las más altas jerarquías eclesiásticas, ofreciéndoles sus sabios consejos sobre las más diversas cuestiones políticas y morales.

Sin duda, en la Edad Moderna la cárcel fue también uno de los ámbitos en los que mejor se puso de manifiesto la apremiante necesidad de la escritura epistolar. Escribir y recibir cartas creaba en los prisioneros una cierta ilusión de libertad, aunque para disfrutar de esa comunicación con el exterior tuvieran que vencer los obstáculos impuestos al ejercicio de la escritura, desde el racionamiento del papel y de la tinta hasta la existencia de una censura previa a la salida y entrada de misivas, que agudizaron el ingenio de quienes sufrieron cautiverio.

A escribir y escribir cartas, con mayor o menor intensidad que Andrés Ruiz, se dedicaron unos y otros, ya fuera desde la celda de un convento o de una prisión, desde gabinetes y escritorios, desde palacios o casas de condición más humilde, poniendo en circulación un espectacular número de misivas, que en un incesante ir y venir, fueron conquistando nuevos espacios y funciones, haciendo de la Edad Moderna una cultura eminentemente epistolar.